

La LEYENDA del  
**HECHICERO**

— EL APRENDIZ —



TARAN MATHARU

LA LEYENDA DEL HECHICERO  
EL APRENDIZ

Traducción de Montse Triviño

 Planeta

Título original: *Summoner. The Novice*

© Taran Matharu Ltd. f/s/o Taran Matharu, 2015

© por la traducción, Montse Triviño, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Imágenes de interior: © Hodder Children's Books

Mapa: © Luis Doyague

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14597-4

Depósito legal: B. 20.708-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## 1

Ahora o nunca. Si Fletcher no conseguía aquella presa, esa noche iba a pasar hambre. El sol estaba a punto de ponerse y se le estaba haciendo tarde. Debía regresar pronto a la aldea para no encontrar las puertas cerradas, porque si eso sucedía, tendría que sobornar a los centinelas con un dinero que no tenía o arriesgarse a pasar la noche en los bosques.

El joven alce había terminado de frotar la cornamenta contra un alto pino para desprender la suave capa de terciopelo que recubría las afiladas puntas y dejarlas así a la vista. Por su tamaño y corpulencia, Fletcher dedujo que se trataba de un ejemplar joven que lucía su primera cornamenta. Era un animal magnífico, de pelo lustroso y mirada tan centelleante como astuta.

A Fletcher casi lo avergonzaba cazar a una criatura tan majestuosa como aquélla, aunque ya estaba calculando en su mente su valor. El grueso pelo se vendería bien cuando llegaran los mercaderes de pieles, sobre todo porque era invierno. Le darían cinco chelines por él, como mínimo. La cornamenta se hallaba en buen estado, aunque fuera un poco pequeña. Con suerte, podría venderla por unos cuatro chelines. Pero lo que más deseaba era la carne, aquella

deliciosa carne de venado que soltaría una grasa chisporroteante cuando la asara en el fuego.

La espesa niebla que flotaba en el aire había empapado a Fletcher bajo una fina capa de humedad. El bosque permanecía extrañamente silencioso. Por lo general, el viento solía agitar las ramas y le permitía avanzar entre la maleza sin ser oído. Ese día, sin embargo, apenas se atrevía a respirar. Cogió su arco y colocó el culatín de una flecha en la cuerda. Era su mejor flecha: de astil recto, perfectamente horizontal y acabada con plumas de oca, no con aquellas plumas baratas de pavo que compraba en el mercado. C cogió aire despacio y tensó la cuerda. Estaba resbaladiza, pues la había untado previamente con grasa de oca para protegerla de la humedad del aire.

La punta de la flecha entraba y salía de su campo de visión mientras apuntaba al alce. Fletcher estaba agazapado a unos diez metros, oculto entre la hierba más alta. Un disparo difícil, pero la ausencia de viento tenía sus ventajas. Ninguna ráfaga entorpecería el vuelo de la flecha.

Volvió a coger aire y disparó, todo en un único movimiento fluido, y dejó cuerpo y mente inmóviles durante un instante. Lo había aprendido después de mucho fallar y de mucho pasar hambre. Oyó un apagado rasgueo al soltar la cuerda del arco y, luego, un impacto sordo cuando la flecha dio en el blanco.

Fue un disparo hermoso, que alcanzó al animal en el pecho y le atravesó los pulmones y el corazón. El alce cayó al suelo, tembló y luego se retorció, agonizando, mientras golpeaba repetidamente la tierra con las patas.

Fletcher echó a correr hacia su presa y cogió el cuchillo de desollar que llevaba en una vaina sujeta al muslo, pero el

ciervo ya estaba muerto cuando él llegó. Una muerte limpia y rápida, eso es lo que habría dicho Berdon. Pero la muerte siempre era desagradable, y prueba de ello era la espuma sanguinolenta que brotaba de la boca del alce.

Extrajo la flecha con cuidado y se alegró de ver que el astil no se había roto, como tampoco se había desportillado la punta de sílex al impactar contra las costillas del animal. Por mucho que se llamara Fletcher,<sup>1</sup> el tiempo que dedicaba a reforzar sus flechas con bramante le resultaba insufrible. Prefería el trabajo que le proporcionaba Berdon de vez en cuando: golpear y dar forma al hierro en la fragua. Quizá fuera por el calor o por el agradable entumecimiento de los músculos tras un día de duro trabajo. O, a lo mejor, por la moneda que se ponía en el bolsillo cuando recibía su paga.

El alce pesaba mucho, pero la aldea no quedaba muy lejos. La cornamenta le sirvió para agarrar al animal y tirar de él; el resto del cuerpo se deslizó con facilidad sobre la hierba mojada. Lo único que le preocupaba era que hubiera algún lobo por allí, o tal vez un gato montés. No sería la primera vez que le robaban la cena a un cazador, y puede que hasta la vida, mientras regresaba a casa con su presa.

Fletcher estaba cazando en las montañas Dientes de Oso, así llamadas por sus característicos picos gemelos, que parecían dos caninos. La aldea se encontraba en una escarpada cresta entre ambas cumbres, y el único camino para llegar hasta ella era un empinado y rocoso sendero que se veía perfectamente desde las puertas. Rodeaba toda la aldea una recia empalizada de madera, en cuyo períme-

1. Literalmente, «el que hace flechas», en inglés. (*N. de la t.*)

tro se levantaban varias torres de vigilancia pequeñas, aunque ya hacía mucho tiempo que nadie la asaltaba. De hecho, solamente había sufrido un ataque en los quince años de vida de Fletcher. Y, en aquella ocasión, se había tratado tan sólo de una reducida banda de ladrones y no de un asalto de orcos, lo cual era poco probable, dado que la aldea se encontraba muy al norte de las junglas. Aun así, el concejo de la aldea se tomaba muy en serio la seguridad, por lo que entrar más tarde del noveno toque de campana era la peor pesadilla de los rezagados.

Fletcher arrastró el cadáver del animal por el grueso manto de hierba que crecía junto al sendero rocoso. No quería estropear el pelo del alce, ya que era la parte más valiosa. Las pieles eran uno de los pocos productos con los que la aldea podía comerciar, cosa que le había valido su nombre: Pelt.<sup>2</sup>

Fletcher avanzaba con dificultad, pues el sendero era peligroso, más aún en la oscuridad. El sol ya había desaparecido tras la cresta, y él sabía que la campana sonaría en cualquier momento. Apretó los dientes y se dio prisa, pero tropezó y masculló al arañarse las rodillas con la grava del camino.

Cuando llegó a las puertas, sin embargo, se le cayó el alma al suelo: estaban cerradas. Los candiles que de ellas colgaban permanecían encendidos para la vela nocturna. Los perezosos centinelas habían cerrado temprano, sin duda ansiosos por tomarse unas copas en la taberna de la aldea.

—¡Serán imbéciles! ¡Menudos gandules! ¡Aún no ha

2. Literalmente, «piel, cuero». (*N. de la t.*)

sonado el noveno toque de campana! —masculló Fletcher mientras soltaba la cornamenta del alce—. ¡Dejadme entrar! ¡No pienso dormir aquí fuera solamente porque vosotros tengáis ganas de emborracharos!

Golpeó la puerta con la bota.

—Bueno, bueno, Fletcher, calma. Aquí hay gente honrada que duerme —dijo una voz desde lo alto.

Era Didric. Se asomó al parapeto, justo por encima del chico, y en su rostro regordete como la luna apareció una desagradable sonrisa.

Fletcher hizo una mueca. De todos los centinelas que podían haber estado de guardia esa noche, le había tocado Didric Cavell, el peor de ellos. Tenía quince años, la misma edad que Fletcher, pero se creía un hombre hecho y derecho. A Fletcher no le gustaba Didric, pues aquel centinela era un bravucón y siempre estaba buscando excusas para abusar de su autoridad.

—Le he dicho al centinela de día que ya podía marcharse. Ya ves que me tomo muy en serio mi trabajo. Toda precaución es poca, sobre todo si tenemos en cuenta que mañana llegan los mercaderes. Nunca se sabe qué clase de gentuza anda por ahí fuera —dijo, riéndose de su propia broma.

—Déjame entrar, Didric. Sabes tan bien como yo que las puertas tienen que estar abiertas hasta el noveno toque de campana —repuso Fletcher.

Mientras hablaba, la campana inició su ruidoso repique, que resonó en las laderas de las montañas.

—¿Qué has dicho? No te oigo —dijo Didric, al tiempo que se llevaba una mano a la oreja en un gesto muy teatral.

—He dicho que me dejes entrar, imbécil. ¡Esto es ilegal!



¡Te denunciaré si no abres las puertas ahora mismo! —gritó Fletcher, contemplando colérico el rostro pálido que estaba asomado a la empalizada.

—Bueno, puedes hacerlo, sí, no voy a ser yo quien te impida ejercer tus derechos. Lo más probable es que nos castiguen a los dos, y eso no es bueno para nadie. Así que... ¿por qué no hacemos un trato? Tú me das ese alce y yo te ahorro el problema de tener que dormir en el bosque esta noche.

—Métete el trato por el culo —escupió Fletcher, incrédulo. Incluso tratándose de Didric, era un chantaje escandaloso.

—Venga ya, Fletcher, sé razonable. Los lobos y los gatos monteses no tardarán en empezar a merodear por aquí..., y ya sabes que ni la hoguera más alta los mantiene alejados en invierno. Cuando lleguen, tendrás que poner pies en polvorosa o quedarte y servirles de entrante. En cualquier caso, y aunque consigas sobrevivir hasta que se haga de día, cruzarás estas puertas con las manos vacías. Déjame ayudarte.

Didric hablaba en un tono casi cordial, como si le estuviera haciendo un favor a Fletcher.

El muchacho se puso rojo de rabia. Aquello era increíble, jamás había visto nada igual. Las injusticias eran habituales en Pelt, y ya hacía tiempo que Fletcher había aceptado que, en un mundo dividido entre ricos y pobres, él pertenecía al segundo grupo, sin la menor duda. Y ahora resultaba que aquel mocoso malcriado, hijo de uno de los hombres más ricos de la aldea, encima le robaba.

—¿Ya has terminado? —le preguntó Fletcher, con la voz cargada de rabia—. Te crees muy listo, ¿verdad?

—No es más que el resultado lógico de una situación en la que, casualmente, soy el favorecido —dijo Didric, apartándose el rubio flequillo de los ojos.

Todo el mundo sabía que Didric recibía clases particulares y que solía alardear de su educación expresándose de forma muy pomposa. El padre de Didric quería que su hijo fuera juez y que, con el tiempo, acabara trabajando en un bufete de abogados de alguna de las ciudades más grandes de Hominum.

—Se te olvida una cosa —gruñó Fletcher—: que prefiero dormir en los bosques antes que ver cómo te quedas con mi presa.

—¡Ja! Pues creo que voy a aceptar el reto. Me queda una larga noche por delante; será divertido ver cómo tratas de mantener a raya a los lobos —replicó Didric, y se echó a reír.

Fletcher sabía que Didric sólo se estaba burlando de él, pero eso no impidió que le hirviera aún más la sangre. Disimuló la rabia, aunque aquel sentimiento siguió borbotando en algún rincón de su mente.

—No pienso darte el alce. Sólo el pelo ya vale cinco che-lines y por la carne me darán otros tres. Déjame entrar y no te denunciaré. Olvidemos este asunto —propuso Fletcher, al tiempo que se tragaba su orgullo no sin dificultad.

—Vamos a hacer una cosa. Algo tendré que ganar yo en todo esto. Si no, sería injusto, ¿verdad? Pero como me siento bastante generoso, si me das esa cornamenta que se te ha olvidado mencionar, lo dejamos por esta noche. Así los dos obtendremos lo que queremos.

Fletcher se indignó al escuchar aquella descarada propuesta. Se resistió durante unos instantes, pero a la postre

cedió. Dormir en su cama bien valía cuatro chelines, cantidad que para Didric era simple calderilla. Gruñó y sacó su cuchillo de desollar. Estaba afilado, aunque no servía para cortar astas. No le gustaba la idea de mutilar al pobre alce, pero no le quedó más remedio que decapitarlo.

Un minuto más tarde, después de haber serrado las vértebras, ya tenía entre las manos la cabeza del animal. La sangre que goteaba le ensució los mocasines. Fletcher hizo una mueca y sostuvo la cabeza en alto para que su rival la viera.

—Muy bien, Didric, ven a buscarla —dijo, blandiendo el truculento trofeo.

—Lánzala aquí arriba —replicó Didric—. No me fío de que me la entregues después de entrar.

—¿Qué? —exclamó Fletcher, incrédulo.

—Que la lances aquí arriba o no hay trato. No quiero tener que pelearme contigo para que me la des, ni mancharme de sangre todo el uniforme —lo amenazó Didric.

Fletcher gruñó de nuevo y la lanzó hacia arriba, con lo que se manchó de sangre la casaca. La cabeza del animal pasó por encima de Didric y cayó con un ruido sordo en el parapeto. El centinela ni se acercó a recogerla.

—Todo un placer hacer negocios contigo, Fletcher. Nos vemos mañana. Que te diviertas acampando en el bosque —dijo alegremente.

—¡Espera! —exclamó Fletcher—. ¿Y qué hay de nuestro trato?

—Yo he cumplido mi parte del trato, Fletcher. Te he dicho que lo dejábamos por esta noche y así los dos obteníamos lo que queríamos. Y tú habías dicho antes que preferías dormir en el bosque antes que darme tu alce. Así que

ya está, tú tienes lo que querías y yo también. La verdad es que deberías prestar más atención a los términos de los contratos. Es lo primero que aprende un juez.

El rostro de Didric empezó a alejarse del parapeto.

—¡Ése no era el trato! ¡Déjame entrar, gusano! —rugió Fletcher mientras pateaba la puerta.

—No, no, me está esperando la cama en casita. Aunque no se puede decir lo mismo de ti —añadió, y se echó a reír al tiempo que daba media vuelta.

—Estás de guardia esta noche. ¡No puedes irte a casa! —gritó Fletcher.

Si el centinela abandonaba su puesto de guardia, Fletcher podría denunciarlo y así vengarse de él. Nunca se había considerado un chivato, pero estaba dispuesto a hacer una excepción tratándose de Didric.

—¡Ah, no estoy de guardia! —exclamó Didric, que ahora descendía los escalones de la empalizada—. No he dicho que lo estuviera. Sólo le he prometido a Jakov que vigilaría mientras él iba al retrete. Volverá enseguida.

Fletcher apretó los puños, furioso por haberse dejado engañar de aquel modo. Contempló el animal decapitado y sus mocasines manchados. Y, mientras la rabia le subía por la garganta como si fuera bilis, sólo pudo pensar en una cosa. Que aquello no se había acabado aún. Ni de lejos.